

La revisión crítica de los objetos de cerámica, piedra, concha, hueso y demás nos permite tener a la mano una valoración amplia acerca del comportamiento tecnológico de los mayas antiguos, aun cuando tengamos que reconocer que se ha avanzado poco en este sentido en los últimos años de investigación. Por otra parte, la realidad yucateca permanece aún bastante desconocida.

El estudio de la arquitectura ofrece el interés de poner al día y de manera conjunta los datos de que se disponen sobre este particular, más cuando las referencias aparecen por regla general aisladas y poco conexas. La arquitectura del Clásico Temprano necesita de un estudio integral y no estar supeditada como hasta hoy a la definición de patrones y técnicas desarrolladas para el análisis del Clásico Tardío. Por otra parte, el estudio evolutivo y funcional de los edificios, grupos y complejos, así como de aspectos técnicos y de materiales, permiten profundizar nuestro conocimiento sobre este particular.

Intimamente relacionado con el anterior se ofrece un análisis del patrón de asentamiento del Clásico Temprano, en el que se hace un repaso a las historias de asentamiento de algunos de los sitios más conocidos, como Tikal, Yaxhá-Sacnab, Barton Ramie y Becán, insistiéndose una vez más en las tierras bajas centrales y obviando los escasos pero interesantes datos proporcionados por los asentamientos del norte del Yucatán.

Hoopes confecciona una visión poco especulativa del comercio maya, un aspecto utilizado de manera tradicional como cajón de sastre mediante el cual explicar la aparición de objetos de difícil adscripción, explicar la evolución o la quiebra de las sociedades,

etcétera. Desgraciadamente, no da solución porque el tema es en exceso complicado y la documentación nula, al intercambio cotidiano y diario que puso en comunicación a gran parte de la sociedad maya y pudo constituir un factor importante en la comprensión de fenómenos difíciles de digerir por parte de amplios segmentos de población.

La discusión de Gibson sobre la estructura socio-política y la naturaleza organizativa del pueblo maya es sin duda interesante, debido a que es este un aspecto medular en la reconstrucción y la definición de la cultura maya del pasado, inclinándose por hacerlo como una sociedad de tipo estatal. Sin duda, el esquema y presentación de los datos son de valor, pero se hacen necesarias más excavaciones y aproximaciones teóricas para resolver esta cuestión.

Por último, los comentarios de Gordon R. Willey siempre revisten un especial interés, por cuanto su vasta experiencia sobre el área maya y sobre la arqueología americana en general permiten obtener una visión de conjunto acerca de los problemas básicos que nos plantea el estudio de esta fascinante cultura. Se trata, en definitiva, de una obra de inestimable valor, que refleja fielmente los desequilibrios existentes en el estudio de la cultura maya, como denotan con claridad las escasas referencias a los problemas yucatecos y las deficiencias de fondo en el conocimiento de las tierras bajas del centro y del sur, aunque con su lectura el mayista tiene un arma fundamental para resolver algunas de las cuestiones básicas que hacen referencia al Clásico Temprano.

Andrés CIUDAD RUIZ

---

SCHELE, Linda, y Mary Ellen MILLER: *The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art*. George Braziller (New York) in association with the Kimbell Art Museum (Fort Worth), 1986, 335 pp. y 373 ilustraciones.

He aquí una de esas ocasiones, cuanto trato de analizar y valorar muy sintéticamente —como corresponde a una reseña— el contenido de un libro, en que se apodera de mí el más desalentador escepticismo. Tal vez debiera rechazar la idea de seguir escribiendo, o quizá resumir bruscamente mis impresiones afirmando: es una obra excelente, recomiendo su atenta lectura. Pero ¡ay!, la brizna de Quijote que, al decir de algunos observadores, anida en el cora-

zón de la mayoría de los españoles me impele a presentar de nuevo batalla a los molinos de viento. Espero que el resultado no sea tan desastroso como en la famosa aventura imaginada por Cervantes, y para paliar hasta cierto punto esos previsibles efectos me limitaré ahora a exponer unos pocos juicios, cargados de subjetivismo, que la lectura me ha hecho concebir.

Porque ¿cómo argumentar en escasas líneas sobre

el tema trascendental y polémico que abordan Linda Schele y Mary Ellen Miller?, ¿de qué manera describir la infinidad de sugerencias que nacen del texto?, y, sobre todo, ¿qué decir con justicia de la presentación y organización de la ingente masa de información manejada? La obra recuerda aquellos espléndidos excesos que fueron los trabajos de Proskouriakoff sobre escultura maya y de Spinden sobre el arte en general. Mas ahora se añade una vertiente antes desdeñada, la interpretación consciente y recalci-trante, el afán por desvelar el mensaje oculto tras la hermosa apariencia de las manifestaciones artísticas de la antigüedad centroamericana. Abrigo el propósito de tratar con el detenimiento que se merecen, en otro momento, las consideraciones de las autoras respecto al sentido de los monumentos y objetos que han seleccionado, sólo me referiré hoy a sus intenciones.

El libro ahonda en la moderna y feliz costumbre de convertir los catálogos de exposiciones en comprometidos discursos culturales, sendero explorado antes con éxito por Michael D. Coe desde el inolvidable *The Maya Scribe and His World* de 1973. Se publicó con motivo de una muestra de piezas de especial calidad estética reunidas en el Kimbell Art Museum, en Fort Worth, para conmemorar el sesquicentenario del Estado de Texas. Lo nuevo en el planteamiento de la exposición era que los objetos elegidos debían agruparse en torno a los temas relacionados con la monarquía maya, es decir, debía ser una exposición monográfica en la que se recurriera a la documentación plástica disponible con el fin de lograr una correcta visión del funcionamiento del aparato de poder en los tiempos pretéritos. Como puede suponerse, ésta no es tarea fácil, y sobre el resultado no puedo pronunciarme puesto que yo no visité el Museo en aquellas fechas, pero a juzgar por el libro de Schele y Miller parece que las metas fueron alcanzadas con creces. Desde la escritura al juego de pelota, desde los sacrificios rituales al viaje por el inframundo, todo lo que concierne a la vida y muerte de los reyes y al significado de la institución que representan es acometido por las autoras con minuciosidad y rigor.

Sin embargo, lo que me interesa destacar particularmente es el deseo explícito de no soslayar ningún riesgo en la interpretación de las obras de arte; por ejemplo, cuando identifican como antepasados a los personajes que emergen de las fauces de las enormes serpientes de los dinteles 15 y 25 de Yaxchilán, en escenas de éxtasis conectadas con ritos dinásti-

cos, que yo he interpretado de la misma manera en mis propias publicaciones. Afirmar rotundamente (pág. 46) que las alucinaciones, a las que tan proclives eran los rituales mayas, fueron representadas bajo la forma de ofidios, es un valiente paso adelante en la *lectura* del arte de esta singular civilización. Surgirán desacuerdos, qué duda cabe, con muchas de tales afirmaciones, pero el esfuerzo que van a desplegar los estudiosos para probar una u otra versión del asunto serán positivos avances en un campo apenas explorado. ¿Qué más se puede pedir?

No se han ahorrado medios para que la edición del libro-catálogo estuviera a la altura de las obras maestras expuestas; *The Blood of Kings* es un trabajo estimulante desde el punto de vista intelectual y un verdadero goce visual para los amantes del arte precolombino; no es un manual para estudiantes, sino uno de esos ensayos turbadores con que los arqueólogos anglosajones nos obsequian de vez en cuando. Para todos los que procuran mantener su sensibilidad al margen del adocenamiento rampante de muchas aulas universitarias y sesiones de congresos, el libro es un memorable y exquisito regalo. Demuestra que el arte maya es una de las principales vías de penetración en el espíritu de la gran cultura selvática americana, y pone en tela de juicio el criterio pseudocientífico de los que se niegan a traspasar los límites de la descripción, de los que confunden los fines con los procedimientos y se aferran ingenuamente a los datos convencionales de la excavación como si los problemas arqueológicos empezaran y terminaran en las clasificaciones, los estratos y las cronologías.

Miguel RIVERA DORADO